

## PRINCIPIO Y FUNDAMENTO II [23]

### Meditación – 2024

#### La Creatura

Hola, queridos hermanos, vamos ahora a realizar la segunda parte de la meditación basada en el texto de San Ignacio, el número 23 del libro de los Ejercicios de esa meditación que se llama Principio y Fundamento.

Tengamos siempre bien en mente que le puso un nombre así porque es algo **esencial** y, por eso es que los grandes maestros de espiritualidad y de predicadores de Ejercicios Espirituales siempre han entendido esto y, siempre han propuesto, incluso cuando los Ejercicios son largos, si no se tenía claro el Principio y Fundamento no se puede seguir adelante.

Después de haber contemplado y meditado quién es Dios, ahora nos va a tocar meditar quién es la creatura, es decir, la creación de Dios. A lo largo de todos estos días es necesario mantener eso. No tengo que olvidarme que Dios me creó, me conserva y que es Él mismo quien pone a mi disposición innumerable cantidad de cosas, ¡todos los seres!, ¿para qué los pone? ¿para qué me sigue conservando también a mí en la existencia?

Eso es lo que vamos a tratar de meditar y de asimilar, al punto tal, de poder ir vislumbrando ya desde el inicio de estos santos Ejercicios algunas cosas para poner orden en nuestra vida, para vivir mejor, más serenamente, más en unión con Dios y con todos los hermanos.

Vamos a ponernos en presencia de Dios y vamos a hacer esa oración preparatoria que está en el número [46] del libro de los Ejercicios, o bien puede ser con la expresión que a ustedes les parezca mejor, lo importante es elevar el alma a Dios y pedirle “Señor haz que todo, todas mis intenciones, todo lo que yo voy a reflexionar, estoy reflexionando, lo que vaya a decidir si es que tengo tomar una decisión o ver algo en concreto, que sea todo para tu gloria, para tu servicio y alabanza”, todo ordenado, que es el fin por el cual entramos en Ejercicios.

#### Historia

Luego leemos la historia, es decir el texto en el cual queremos meditar. Dice así el texto:

[46] el hombre es criado para alabar hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y mediante esto salvar su alma y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado.

Vamos a meditar sobre esto. El ser humano, el hombre, varón o mujer, es una creatura y Dios da un fin determinado, Dios no hace las cosas “al tun tun”, o las cosas sin

inteligencia, sin un fin. Él hace todo, todo ordenado, tiene un sentido. Y al ser humano le da un fin determinado y, todas las otras cosas que existen, también Dios les pone un fin. De allí que uno de los mayores pecados es negar la existencia de Dios conscientemente. Lo dice San Pablo, es el hecho, cuando ni siquiera contemplando las criaturas no quisieron reconocer al Creador: -en la carta a los romanos- son inexcusables.

Vivimos en un mundo donde no se quiere hablar de Dios, y si se habla de Dios, a lo sumo se lo hace en el origen de algo, incluso de mi ser o de las cosas. Pero ya no tiene nada que ver, como aquel que hizo una estructura, una casa, la entregó a quien tenía que entregarla y ya no tiene nada que ver... a lo sumo él contempla de lejos, pero no tiene nada que ver en el destino de esa obra de sus manos y, ¡no es así, no es así!

Desgraciadamente esta meditación muchas veces nos puede llegar a costar, no solamente porque son materias arduas, como la mayor parte de las meditaciones, sino porque la sociedad moderna y contemporánea nos ha hecho creer, que el centro de todo el universo soy yo, y es lo que yo pienso, es lo que yo decido, y no tiene nada que ver, no tengo ninguna relación con lo que me rodea, no tengo ninguna relación con Dios. Si yo quiero hacerme un dios a mi medida y yo quiero alabarlo, creer que existe, que no existe... pero decir que Dios me creó, por lo tanto, que voy a depender, que **dependo** de ese Ser, ese va a ser más o menos el núcleo de la meditación.

### **Preámbulos.**

Veamos los preámbulos o cosas que nos ayudan.

Pensemos que estamos en la presencia de Dios. Podemos imaginar ese trono de majestad del Señor, **le pedimos** ya que todas nuestras intenciones, acciones vayan ordenadas a Él, que esa petición hay que repetirla muchas veces, es la meditación misma, uno se la pasa repitiéndole de distintas maneras al Señor que lo vaya iluminando, que lo vaya guiando.

Después de haber visto la historia, la **petición particular**. En esta meditación vamos a pedirle a Dios, además de esa petición general o preparatoria, que entienda todo lo que contiene esto, las verdades que se contienen en el texto que nos propone San Ignacio, es decir: para qué fui creado, para qué existo y para qué existen todas las otras cosas.

Y, para también pedirle luz al Señor y fuerza para ir viendo -por más que faltan muchos días de Ejercicios, pero quizás ya desde los inicios Dios va indicando- dónde hay que ajustar, dónde hay que corregir, dónde hay que cortar, dónde hay que ordenarse.

### **Primera parte: El fin del hombre**

¿Para qué es creado el ser humano? «**para alabar, hacer reverencia y servir a Dios**». La creatura no es el Creador, el Creador es el ser infinito, omnipotente, que no necesita de nada ni de nadie, eternamente feliz, verdad sustancial, bondad suprema, unidad simplicísima.

Todo lo que nosotros meditamos en la primera meditación sobre Dios y sobre el Cielo, lo tenemos que unir a esto: yo como ser humano no soy todo eso, yo no soy infinito, soy finito, limitado; yo tuve un inicio que fue el día bendito de la concepción, cuando mis padres

prepararon la materia, las células propias para preparar la materia para que sea engendrado un ser humano, Dios creó mi alma, y cada uno de nosotros tiene que estar convencido de eso, ahí Dios puso su sello, ahí Dios nos hizo salir de la nada, ¡no existíamos!, y de ahí, dicho sea de paso, el gran valor de los padres ya que ellos verdaderamente cooperan a la creación y la gran responsabilidad.

Desde ese momento, entender que soy criatura. Ser humilde. Reconocer que por origen soy **nada**, como le gustaba decir a Santa María de Jesús Crucificado Baouardy, una santa Palestina del norte de la Tierra Santa, se hacía llamar “le petit rien”, la pequeña nada, en realidad la nada no es pequeña ni es grande, la nada no existe, pero ella, incluso por humildad, se hacía llamar así. Una gran santa, una gran mística que es muy amada en Tierra Santa y no solo allí.

La humildad del ser humano, humildad nuestra, humildad mía de reconocer mi nada y, reconocer, por lo tanto, que todas esas cosas, todos los atributos que vimos en Dios yo no los tengo, los tengo participados, pero no por méritos propios. Tengo la inteligencia porque Dios me creó para conocer la verdad, para poseer la verdad y, eso ¿para qué? ¿Para yo agrandarme, para yo separarme, para hacer -Dios no lo permita- como un nuevo Satanás, un nuevo Lucifer, decir “no te serviré, no te alabaré, no voy a hacer reverencia?”. No. Dios me creó para Él. Y esto, contra todo lo que uno pueda llegar a pensar como que denigra al ser humano, todo lo contrario: Dios nos creó para Él, somos lo más parecidos a Él -como enseña el Catecismo- ya que, por medio de nuestro ser espiritual, el hecho de la inteligencia y la voluntad, nosotros podemos parecernos a Él en lo más propio de Él.

Él nos creó para lo más noble, que es para Él mismo y, en la unión con Él es que el ser humano encuentra su plenitud y, en la separación de Él, el ser humano encuentra su fracaso, pero, un fracaso atroz, un fracaso que lo lleva a una angustia existencial y una angustia, Dios no lo permita, si a uno lo sorprende la muerte en ese estado de separación de Dios... a una angustia eterna.

No hay nada más hermoso que pensar que Dios me creó y que Dios me conserva. Dios crea y conserva en el ser, es decir, si yo ahora estoy vivo es porque Dios quiere que esté vivo. Dios me da la fuerza, hace que exista, que siga existiendo y que exista como ser humano, como Él ha decidido crearme. Por lo tanto, ese fin no es solamente en algún momento de mi vida, o para algunos, para los sacerdotes, las hermanas, los consagrados, sino para todo ser humano.

Todo ser humano tiene la misma naturaleza, somos iguales en dignidad, somos iguales, distinción real entre un ser humano y otro ser humano, pero la naturaleza humana tenemos la misma y, por tanto, todos tenemos el mismo **fin: alabar a Dios, hacerle reverencia, reconocer**. Vivimos en un mundo en donde no se quiere reconocer la existencia de Dios o, si se lo reconoce, no tiene nada que ver, o no se le hace reverencia y esto, tenemos que tener ojo, porque también como consagrado, como sacerdote, religioso a veces yo puedo estar faltando a la reverencia ¿cómo celebro la liturgia?, ¿cómo me comporto delante de Él?, ¿soy su embajador? o, al contrario, soy como piedra de escándalo, ¿reconozco su grandeza? ¿le doy gracias incluso por los dones que Él puso en mí?. Y, también **servir a Dios**. Servir es muy difícil, por eso hay que repetir **este es el principio y fundamento**,

todas las otras meditaciones están a la base. Jesucristo, siendo Dios Encarnado vino como servidor, lo dijo Él, «no soy yo el maestro» y es así, «pues Yo vine como quien sirve, no vine a ser servido sino a servir». La Virgen Santísima en Nazaret «*be aquí la servidora del Señor, la esclava del Señor*».

Dios quiere que ese servicio sea voluntario y cada uno ha justamente de descubrir, en la vida, cuál es el servicio principal, lo que nosotros llamamos vocación y cuál es el servicio que “*hic et nunc*” que aquí y ahora, el Señor me pide, ¿cómo lo tengo que servir? ¿con qué medio? ¿de qué manera? Soy sacerdote misionero, eso es así, pero Dios es un ser vivo y yo soy un ser vivo, no es una cosa estática es algo dinámico la vida, Dios quiere sí. que en eso que es la vocación, que es como una segunda naturaleza que ya fui conformado, por gracia de Dios, sin mérito propio, en el ser otro Cristo, en esos votos que son perpetuos es decir, donde no hay cambio ya, Dios ahora ¿qué quiere? ¿que esté en esta misión? ¿que esté en medio oriente, qué esté en el extremo Oriente? ¿qué me dedique a la enseñanza, qué me dedique a predicar? ¿qué me dedique a rezar más? ¿qué es lo que me pide Dios aquí, en concreto? y cada uno tiene que pensar con esta familia, con la familia que Dios me dio -no con una familia ideal, una situación ideal que no existe- ¿qué es lo que Dios me pide en mi trabajo? ¿qué es lo que me pide en mi país? Servirlo a Él, servirlo a Él en todo.

Puede ser que Dios pida, como le pidió a Jesucristo, vino para morir -es el único que nació para morir y para después resucitar-. Y le pidió que, la mayor parte de su vida terrena, sea de servicio oculto, Nazaret, según la tradición entre el primer tiempo en Egipto y después Nazaret unos 30 años, 30 años que no hizo ningún milagro, por más que algún texto apócrifo quiera poner cosas prodigiosas, porque está revelado: el Evangelio de San Juan dice que el primer signo de Cristo, el primer milagro fue el milagro de Caná de Galilea que, lo hizo dicho sea de paso, gracias al pedido de María Santísima. Pero 30 años viviendo en el día a día, en la humildad de Nazaret, de esa casa. ¿Qué es lo que me pide Dios?

Lo cierto es que en todo puedo servir a Dios, en todo -como se dice- amar y servir, no tengo que olvidarme nunca de eso y, no tengo que olvidarme de eso cuando incluso vaya meditando otras cosas incluso, bien particulares de los santos Ejercicios, **no me tengo que olvidar que Dios ES, que está presente, está vivo, me habla y que tiene un plan y que ese plan quiere que yo lo actúe por propia voluntad.** Por eso decíamos: tener siempre presente ese principio y fundamento.

### **Segunda parte: El fin de las creaturas.**

La otra parte de la meditación se llama el fin de las creaturas ¿para qué Dios creó todo lo que creó? miles y miles de especies, de seres inanimados, de vegetales, de animales, miles y miles, millones y millones de especies. El universo es una maravilla: las creó para mí. Dice san Ignacio, que todas las otras cosas sobre la faz de la tierra -y acá se puede incluir incluso la que no están sobre la faz de la tierra, el universo- son creadas para el ser humano, para el hombre. ¿Para qué? para que me ayuden a conseguir el fin por el cual fui creado. Es decir, para que me ayuden a alabar a Dios, a hacer reverencia a Dios, a servirlo.

Acá tenemos que ver que todas las cosas, las criaturas, es todo aquello que **no es Dios**, y, en este caso concreto, **no soy yo**. Los otros seres humanos, todos los seres humanos, buenos o malos, toda la gente de a mi alrededor, la historia que uno trae, sea por raza, por

cultura, por lugar donde se ha criado, todo lo que tiene que ver con los dones, los dones personales, los dones de familia, incluso hasta los dones espirituales que Dios da, los talentos. Se puede usar también en esta meditación el texto de la parábola de los talentos: a uno le dio cinco, a uno tres, a uno uno, ¿qué talentos me dio Dios? y acá no vale la falsa humildad: “no, yo no sirvo para nada, no me dio nada” no, Dios te dio y conserva muchas cosas “es que he perdido todo”, no, habrás perdido mucho pero no todo. Siempre el bien es más que el mal. Así entonces ir descubriendo. Dios siempre hace el bien.

A mí incluso como misionero, este año se van a cumplir 29 años, si mal no recuerdo, que llegué a medio oriente y muchas veces con unas misiones más particulares o difíciles me ha hecho mucho bien siempre pensar: a ver las cosas buenas, las cosas buenas en esta persona, en esta parroquia, en esta situación. Yo pensaba que las cosas malas -incluso a veces hacía listas- son más que las buenas.... Rompí esa lista, eso no es de Dios. Porque nunca puede ser que el mal sea más que el bien, ¡nunca!, es imposible. Seré yo que estoy deprimido, seré que estoy triste, que estoy angustiado, que estoy tentado, que no veo, que no tengo discernimiento. Por eso es que hay que pedirle a Dios, “Señor ilumíname, haz que vea cómo es mi relación con todos los bienes exteriores e interiores, bienes materiales, incluso bienes morales, dones”.

Todas las cosas también que me rodean son las criaturas, como también son, mi relación con los otros seres humanos, con los otros bienes, con el dinero, con la fama, incluso con la amistad. ¿Cómo es mi relación con las cosas que, muchas veces parecen como que no fueron salidas de las manos de Dios? ¿a qué me refiero?. Dios no causa el mal, hay cosas que son limitadas, pero Dios nunca causa el mal y, ciertamente, jamás de los jamáses el mal moral, el pecado, nunca, sólo puede permitir. Muchas de las cosas que están a mi alrededor, si están a mi alrededor tengo que tener esa visión de Job: «*Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor*» incluso las cosas que parecen malas, la pérdida de esas cosas.

Pero entender que todas las cosas, todas, absolutamente todas las cosas, lo que uno se quiera imaginar (y por eso cada uno piense en la realidad que lo rodea), todo eso fue puesto por la mano de Dios para que me ayude a llegar al cielo, porque el Cielo es Él, me ayuda a llegar a Él.

Hace mucho bien pensar en los bienes que Dios dio. Hace mucho bien contemplar la naturaleza, por ejemplo, está el himno de las criaturas -aunque buscando el texto encontré que, alguno puso el himno ‘a las criaturas’, pero no, es “himno **de** las criaturas”, es himno al Creador a través de las criaturas- de San Francisco de Asís, donde manifiesta de una manera muy hermosa -no era pagano, no era idólatra- él reconoce siempre al Creador en la criatura.

O la misma Santa que citamos antes, María de Jesús Crucificado y que es un texto que nos puede servir incluso para el coloquio. Ella era analfabeta, pero cuando entraba en éxtasis componía cosas maravillosas dice así:

«¿Con qué puedo compararme Señor? con los pajaritos sin plumas en su nido,  
si el padre y la madre no les dan su alimento mueren de hambre,  
así mi alma Señor, sin ti no tengo apoyo, no puedo vivir,

¿con qué me compararé Señor?»

De una manera muy, muy hermosa usa expresiones de la creación, de la naturaleza.

El beato Pier Giorgio Frassati en ese amor por las montañas, o Santa Elizabeth Ann Seton, donde también a través de las montañas va a encontrar una de las expresiones más hermosas de la presencia de Dios.

Así también tenemos que esforzarnos ver a Dios en el prójimo. Él lo dice, cuando dice que nos va a juzgar por cómo lo hemos tratado a Él en el prójimo. Dice: era Yo cuando hiciste esto, era Yo. ¿Quién puede dudar de la alegría y la belleza de la madre Teresa de Calcuta? pero no de una belleza con los estándares del mundo. Pero esa belleza es espiritual, porque se transformó en Cristo, y en gran parte porque ella descubrió a Cristo en los pobres y en los más pobres entre los pobres.

Me conmovió hace unos 3 años atrás o 4 años atrás, en un momento en que entré con el patriarca de Jerusalén a bendecir la casa de las hermanitas de la madre Teresa en Gaza y, en el lugar donde está la parte para lavar a esos niños abandonados, -50 niños discapacitados abandonados- escrito en la pared en un cuadro muy simple, (las estructuras madre Teresa son muy simples), escrito muy prolijo sobre una hoja blanca y un marco muy finito: “esto es mi Cuerpo”, “this is my body”, “esto es mi Cuerpo”. Nosotros sabemos que el cuerpo de Cristo es la Eucaristía, está en la Eucaristía, pero hay una relación real, es Él.

En esta meditación que tenemos que terminarla con un coloquio, con un diálogo, pedirle a Dios de entender eso:

“Señor ¿para qué me creaste? ¡Ilumíname!, Señor, que me dé cuenta que tiene **sentido**, **mi vida tiene sentido!**”, tu vida tiene sentido, no es un eslogan, es la realidad, si no, no existiría.

Y por más mal que haya causado, que haya experimentado o que esté viviendo, siempre el bien es más grande y Dios **sigue**. Por eso mismo principio y fundamento, no solamente el origen, Él **ahora** me conserva en vida para que yo lo alabe, y lo sirva en la situación en la que esté.

Terminemos esta meditación con un diálogo con nuestra Señora para que entienda, para que me ilumine, para que entienda bien el sentido de la vida y el sentido de todas las otras cosas que no son Dios, y por lo tanto no merecen que yo la ponga en un pedestal, en un altar, que le dé más tiempo, que les dé mi energía, el único que merece todo mi amor, todo mi servicio, toda mi alabanza, para salvar el alma, es decir, para llegar a esa plenitud de gozo que es Dios, es justamente: Dios mismo.

Que la Virgen Santísima los bendiga